

## El Bastón del Médico

Hace tiempo que el uso del bastón decayó casi totalmente relegado a las personas impedidas que echaban de menos una tercera pierna, pero antes era muy general y la figura del médico no la concebía nadie sin él, incluso los que vestían de levita y sombrero de copa a diario. Es decir, éstos menos, porque era complemento de su figura.

Los coches, primero los de caballos y después los de motor, influyeron mucho en el abandono del bastón, hasta en los pueblos cuyos médicos fueron acabando con los coches de caballos desechados de las capitales.

Nosotros los que más recordamos son los de aquí y los de Madrid, siendo la figura de Cajal una de las más típicas y seguras de todas las mañanas. Como vivía enfrente de San Carlos, se cruzaba andando, con sombrero flexible, abrigo negro y chaqueta desabrochados, pero embozado con tapabocas del mismo color y garrota en la mano derecha, similar a la que usaba aquí Don Gonzalo toda la vida, de nudos y resistente, aunque algo más delgada la de Don Santiago.

Un médico muy bastonero, muy popular y muy político de aquel barrio, lo fue Don Toribio Fernández. Y bien alhajado, que fue un detalle que resaltaba en la mayoría de las maniobras exploratorias y comentaban las familias y las vecinas que asistían a ellas y las relacionaban con la categoría profesional del galeno, detalle del que no se vió libre nuestro Don Policarpo, vecino de aquel paraje.

Las tartanas fueron un duro golpe para los bastones y puedo decir que Don Magdaleno, desde que echó aquel caballo blanco que cuidaba como a un hijo, dejó el bastón y sólo lo usaba alguna que otra tarde para ir al casino y siempre sin apoyarse en él.

Don Manuel Manzaneque hacía lo mismo a pesar de ser hemipléjico. Y también Bonardell en las tardes de verano al pasar la segunda visita a los graves.

Don Román Olivares era el más bastonero y no lo soltaba ni para recetar que se lo metía en el sobaco izquierdo con la mano del mismo lado, en la que sostenía la cartera gorda de bolsillo, repleta de octavillas de papel de barba.

Don Leoncio Raboso no lo soltaba ni para tomar el sol en la puerta de su casa, paseando la fachada de punta a punta para aprovechar el sol que le entraba por la calle de la Feria desde las primeras horas.

Don Enrique Fernández, elegante y fino tampoco hacía mucho uso de él a las horas del trabajo y lo solía llevar en el brazo como Don Mariano.

Los demás médicos conocidos vivieron fuera de esa costumbre y no lo usaron nunca, pero quién sabe si a alguno le fallará la pata y echará mano de la tercera, porque con el tiempo todo pasa.

Lo de entrarse el bastón en el sobaco era inevitable teniendo que recetar de pie y muchas veces en la calle, igual que entrárselo entre las piernas